

PETER BERNHOLZ, *TOTALITARIANISM,
TERRORISM, AND SUPREME VALUES:
HISTORY AND THEORY.*

(Springer, Heidelberg 2017,
XII + 160 páginas)

Reseña presentada en *Public Choice*, 2018,
vol. 176, nº 3, pp. 567-571

ARYE L. HILLMAN

Durante algún tiempo, Peter Bernholz ha escrito acerca de los valores supremos. En el prefacio de su libro, nos habla de haber sido informado por el editor de una revista de que no tenía el «valor» de publicar un documento que le había presentado refiriéndose a los valores supremos. Debido a ello, nos enfrentamos con curiosidad a la aparición del libro. Bernholz parece haber estado sometido a una exclusión académica (como le sucedió a otros autores — véase Hillman y Ursprung 2016). ¿Escribió Bernholz algo de lo que el editor pensaba que la gente no quería oír, una verdad desagradable, desafiando lo que permite decir la corrección política? Después de seguir leyendo el libro, comprendemos por qué le hacía falta al editor de la revista el «valor» que afirmaba no tener. Supongamos que creemos que la buena voluntad resuelve todos los problemas y que se puede llegar siempre a compromisos con los adversarios por medio de diplomacia y negociaciones, y que es suficiente hacer concesiones para dar lugar a concesiones recíprocas de los demás. Podríamos creer en la posibilidad de la resolución de conflictos a través de la buena voluntad, porque somos personas conciliatorias y amables que siempre encontramos la forma de que los demás se hagan amigos nuestros. Como Bruno Frey en su libro de 2004 acerca de las políticas frente al terror, podríamos creer, tanto en «zanahorias» como en «palos» y preferir las «zanahorias». Si eso es lo que creemos, Peter Bernholz es una amenaza para nuestro mundo preferido porque, por medio del concepto de los valores

supremos, Bernholz nos informa de que existen adversarios con los que y para los que el compromiso es imposible. Esos adversarios han priorizado desde el punto de vista lexicográfico objetivos que no son sustituibles. El compromiso exige sustituibilidad — la disposición a renunciar a algo para ser compensado por otra cosa. La sustituibilidad es la base del análisis económico habitual. Los valores supremos no sustituibles se encuentran en la economía en una función de bienestar de Rawls (maximizar la utilidad de los que se encuentran peor en la sociedad sin considerar la utilidad de los demás) y no en muchas otras partes. Mientras que un concepto fundamental de la economía es la elección a través de la sustitución, una ideología de valores supremos no permite la sustitución en los objetivos. Las concesiones hechas a un adversario con valores supremos serán unilaterales — no habrá reciprocidad, por lo que hay que enfrentarse con la fuerza a los adversarios con valores supremos. Llegados a este punto, podríamos declarar lo «horrible que sería si Bernholz tuviese razón», y podríamos llamarle «belicista» y «halcón». Es ostensible que el editor se negó a publicar el documento de Bernholz acerca de los valores supremos, debido a su deseo de no soliviantar a los lectores que creen (o quieren creer) que el compromiso y la conciliación son siempre posibles.

¿Existen realmente sistemas de valores supremos que no pueden llegar a un compromiso?, ¿o ha inventado Bernholz una idea para tener un tema del que escribir, lo que no es raro entre los economistas académicos? Bernholz describe ideologías de valores supremos que han existido a lo largo de las épocas. Se encuentra literalmente en su terreno al describir los valores supremos de Adolf Hitler y la ideología alemana Nacional-Socialista. Relata cómo él mismo era miembro de las Juventudes Hitlerianas, no en virtud de su elección, sino como un requisito para sobrevivir bajo un régimen totalitario de valores supremos. Para la ideología nazi, el objetivo de los valores supremos era conquistar el mundo para que gobernase la raza aria y matar a los judíos y otros pueblos considerados «inferiores». Una expresión de la ideología nazi de los valores supremos era el uso de los recursos para asesinar a los judíos, cuando podría haberse utilizado esos mismos recursos a favor del esfuerzo de la guerra — los trenes que llevaban a los

judíos a Auschwitz, Treblinka y Majdanek y otros campos de exterminio, podrían haber llevado soldados y equipo al frente.

Bernholz describe la base de valores supremos del comunismo, que también es un sistema de valores supremos. Millones de personas murieron de hambre por la colectivización soviética forzada y la confiscación de alimentos, y los que habían sido definidos como «enemigos del pueblo» no tenían escapatoria a una muerte instantánea o a las muertes más lentas en el exilio de Siberia. Los valores supremos llevaron a la colectivización de Mao, que mató a un número incontable de millones de personas. No había escapatoria para las cuatro clases prohibidas (propietarios, capitalistas, contrarrevolucionarios y derechistas), aunque los niños pudiesen declarar su lealtad a los supremos valores de la revolución y una esposa pudiese escapar divorciándose.

Genghis Khan dejaba una puerta abierta a la escapatoria. La ideología mongola de los valores supremos consistía en que los mongoles estaban destinados por designio divino a regir el mundo. Resistirse a los mongoles era, por tanto, resistirse a un decreto divino y punible con la muerte — ciudades enteras fueron masacradas—, pero manifestarse fiel a Genghis Khan permitía seguir con vida. Bernholz también describe los sistemas de valores supremos de Calvino y los Anabaptistas de Múnster, y de la Cristiandad en general. En estos sistemas había creencias que una persona podía fingir aceptar con el fin de sobrevivir. Los aztecas, a los que Bernholz llama correctamente los mexicas, y los incas, tenían sistemas de valores supremos. Los mexicas estaban extraña, pero cruelmente, obligados a seguir sacrificando incesantemente a cautivos para asegurar que el sol volviese al día siguiente. No había escapatoria para los cautivos. El sistema de valores supremos de los incas era menos cruel. La violencia y la expansión territorial eran necesarias, porque las propiedades de un rey muerto seguían siendo suyas, lo que hacía que el nuevo rey necesitase acumular sus propias riquezas y propiedades, por lo que necesitaba hacer nuevas conquistas.

Bernholz quiere que aprendamos de la historia. El Primer Ministro del Reino Unido, Neville Chamberlain, al volver de su reunión con Hitler en 1938, agitando su papel en el que aseguraba «la paz para nuestro tiempo», no había aprendido de los regímenes

de valores supremos a lo largo de la historia. Lo mismo sucedió con 'Jimmy' Carter y Bill Clinton al llegar a un acuerdo en 1994, por el que Corea del Norte desistiría de continuar con un programa nuclear. En cuanto al mundo contemporáneo, Bernholz se centra en el Islam. El objetivo de valor supremo del Islam es, como en otros sistemas de valores supremos, conquistar, convertir a la gente de todo el mundo o hacer que el mundo esté sometido al Islam (que se traduce como «sumisión»), lo que requiere, como primera prioridad, reconquistar la tierra que fue en su día territorio del Islam y se ha perdido. El restablecido estado judío se encuentra en una tierra que había conquistado el Islam, lo que hace imposible el compromiso acerca de no reconquistar Israel. Los supremos valores del Islam exigen que se reconquiste Andalucía, Sicilia, Grecia, Provenza y más lugares. Bernholz observa que los inmigrantes musulmanes se han servido del acceso a la sociedad occidental para hacer daño. Escribe (p. 79) que «un importante peligro para Occidente y los países 'Occidentalizados' se debe a los creyentes inmigrados». «Solo los que son verdaderos creyentes y tienen la oportunidad de estudiar, de informarse de la forma de vida occidental y adquirir los conocimientos técnicos necesarios, son capaces de cometer los más flagrantes actos terroristas». La descripción de Bernholz se ajusta bien a los terroristas que asesinaron a unas 3.000 personas en EE.UU. el 11 de septiembre de 2001. Bernholz nos está diciendo que la educación occidental y la familiaridad con la forma de vida occidental no modera los valores supremos musulmanes, sino que, muy al contrario, facilita el terror efectivo.

Bernholz enfurecerá a los «progresistas» (no a los liberales del libre mercado, entre los que se encuentra), cuyos principios de corrección política prohíben hacer juicios acerca de grupos concretos. Bernholz no dice que todos los musulmanes sean terroristas en potencia. Un musulmán que se haya convertido en terrorista sabe que es parte de un gran esquema definido por valores supremos y no hace falta que un líder le diga que vaya y mate y mutile a no creyentes. Como lo exigen los valores supremos, el terrorista puede estar dispuesto a entregar su propia vida con el fin de hacer daño a los no creyentes. La pérdida personal de ser despedazado por una bomba detonada por uno mismo no es grande para un creyente, caso de que sea una pérdida: el sistema de valores supremos

incentiva con la recompensa del mundo futuro en forma de las vírgenes que allí esperan. Puede esperarse que los intelectuales de izquierdas respondan con autosuficiencia a Bernholz: «quién sería tan tonto como para creerse que 72 vírgenes estarían esperándole a uno tras la muerte». Pero esto es lo que se creen los «verdaderos creyentes» en el Islam, por más que prefiriésemos que no lo creyeran.

Al informarnos de la mala recepción editorial de su documento acerca de los valores supremos, Bernholz nos informa también de la oposición intelectual a la que se enfrenta y de las burlas «progresistas» a sus observaciones. Se trata de un caso clásico de «acusar al mensajero». Bernholz no se ocupa de lo que James Buchanan ha llamado «los rompecabezas triviales» que pueden dominar los escritos académicos. Bernholz se preocupa de las perspectivas de supervivencia de la sociedad occidental civil. Los sistemas pasados de valores supremos se quedaron por el camino, pero solo después de imponer grandes costes. La penetración de los valores supremos del Islam en las sociedades que lo acogen es más insidiosa que las confrontaciones con los sistemas de valores supremos del pasado. Podía verse venir a Genghis Khan y a sus hordas y era evidente que tanto Hitler como Stalin y Mao estaban allí, y también estaba claro lo que querían. Al enfrentarse con los valores supremos del Islam, una sociedad occidental está acusando a una amplia población musulmana, de la que necesariamente no todos tratan de hacer daño. Por ello, la seguridad pública requiere un castigo colectivo público de gente inocente, incluyendo restringir la inmigración de personas que son potencialmente peligrosas, pero que pueden no tener intenciones dañinas. El dilema de situar a la sociedad occidental ante el castigo colectivo en pro de la seguridad pública es una victoria para los que, con el fin de promover su ideología de valores supremos, tratan de minar los valores occidentales.

Bernholz pone de manifiesto las consecuencias económicas de los valores supremos. Se bloquea el nuevo conocimiento, porque el nuevo conocimiento podría comprometer los valores supremos. Hitler perdió su guerra en buena parte por denunciar la «falsa ciencia» judía. Sus valores supremos eran incongruentes con los progresos científicos de los judíos. Albert Einstein y Edward Teller

y los demás que contribuyeron a la bomba atómica huyeron de Hitler y contribuyeron a su caída. El Islam, desde cierto momento se cerró al nuevo conocimiento. Los supremos valores del comunismo requerían para su aplicación la planificación y la negación del papel de los incentivos personales y mercados en la productividad individual. Los aztecas podrían haber utilizado a sus prisioneros como esclavos, en vez de sacrificios en asesinatos en masa, para asegurar que el sol volviera a salir por la mañana. Este libro es de largo alcance. Bernholz comenta las consecuencias de género de los valores supremos del Islam — tales como que se asesine a las chicas por ir al colegio. Incluye ejemplos de los tipos de chistecitos que cuenta la gente para arreglárselas cuando son víctimas de los regímenes de valores supremos y describe lo que pasa como «arte» admisible en las diferentes ideologías de valores supremos. A través de los capítulos, hay análisis formales, así como datos. En el último de los once capítulos presenta un modelo formal como resumen. Al reconocer el papel de los valores supremos, Bernholz predijo el terror islámico que ha infiltrado la sociedad occidental. La gente puede morir o ser mutilada en la feria de Navidad en Berlín, dando una vuelta por un paseo en Niza, en un tren en Madrid, comiendo fuera en París, cruzando a pie un puente en Londres, corriendo en un maratón en Boston, en su oficina en Nueva York, tomando un café en el centro de Sidney o asistiendo a un concierto en Manchester o Bruselas. China tampoco se ha librado; en un incidente, el 1 de marzo de 2014, en la estación de ferrocarril de Kunming en la provincia de Yunnan al sur de China, unos 10 asaltantes musulmanes asesinaron con cuchillos a 29 personas e hirieron a más de 130. Pero no se puede trastornar las vidas de la gente solo por el asesinato y la mutilación. Puede ser como en el abuso de mujeres en masa en Colonia, que son rodeadas y atrapadas en una multitud por hombres predadores.

Decir que un libro es una «lectura necesaria» suele ser trivial, pero no en este caso. El libro es una lectura necesaria para los investigadores de la estrategia y la economía de defensa, pero sobre todo para los políticos y administradores a los que encomendamos nuestra seguridad. Sin embargo, vivimos en una era de corrección política y posmodernismo (en donde no hay ninguna verdad o hay muchas verdades). Los progresistas que creen en el

compromiso, el poder suave y la delicadeza recíproca, tienen su verdad, y Bernholz la suya. Las diferentes «verdades» han polarizado a las sociedades occidentales. Por una parte, está la postura de que deberíamos vivir con la muerte y la mutilación por parte del terror, como vivimos con la muerte y la mutilación de los accidentes de tráfico, ya que, de otra forma, minaríamos a la sociedad civil por la prevención que implica necesariamente el castigo colectivo. Por otra parte, está la postura de que no deberíamos vivir con el terror. Los economistas tienen la solución a esta polarización, llamada el modelo de Tiebout. Este modelo describe que la gente utiliza la localización para elegir a un gobierno y las políticas congruentes con sus preferencias. La gente que no tolere el terror podría, al elegir la localización y el gobierno, elegir políticas que se previniesen el terror. Los que eligiesen vivir con el terror como lo hacen con los accidentes de tráfico, podrían tener sus sociedades abiertas y políticas abiertas de inmigración. Sin embargo, la solución de la separación de Tiebout pondría a prueba las creencias de los progresistas. Los progresistas pueden preocuparse por su seguridad personal y elegir localizaciones en las que la seguridad pública prevalezca sobre la corrección política —y protestarían, para mostrar lo mucho más amables y tolerantes que son, que los que apoyan a las políticas cautelares de defensa. Gordon Tullock (1971) predijo que los progresistas quieren ser una minoría para beneficiarse de una política apoyada por la mayoría a la que declaran oponerse. El significativo beneficio que obtienen los progresistas viene de las protestas verbales a bajo coste y las votaciones por medio de las que exhiben su identidad conciliatoria y autocomplaciente (Hillman 2010). Al mismo tiempo, se benefician de forma instrumental de las políticas que proclaman no querer.

Volvemos al punto de partida, el rechazo «de la redacción» a Bernholz. Si los progresistas son una mayoría a nivel académico y controlan las revistas académicas, los editores no querrán (o tendrán miedo de, o no tendrán el «valor» para) permitir que los «valores supremos» entren en la discusión académica. La esperanza de Bernholz es que los votantes en general y los que toman las decisiones políticas a los que la sociedad confía su seguridad, aprecien mejor la historia y sean más pragmáticos al evaluar sus argumentos.

BIBLIOGRAFÍA

- Frey, B. S. (2004). *Dealing with terrorism: stick or carrot?* Edward Elgar Publishing. Cheltenham UK.
- Hillman, A. L. (2010). «Expressive behavior in economics and politics», *European Journal of Political Economy*, 26 (4), 403-418.
- Hillman, A. L., & Ursprung, H. W. (2016). «Academic exclusion: some experiences», *Public Choice*, 167 (1-2), 1-20.
- Tullock, G. (1971). «The charity of the uncharitable», *Economic Inquiry*, 9 (4), 379-392.

Arye L. Hillman
Bar-Ilan University
Email: arye.hillman@biu.ac.il